

me hubiera vuelto á meter en la vida tuna, y tú te quedabas sin marido ó siendo la mujer de un perdido.

—Calla y no digas eso—repuso Casilda.—Tienes tú demasiada vergüenza y pundonor para ser un cualquiera; y el corazón me dice que hemos de ser ricos y felices antes de mucho tiempo, con la ayuda de la Virgen de la Esperanza, á la que tanto he rezado por tí.

## XII

Cuando Rosario bajó de casa de su hermana de leche, le dijo su doncella que la esperaba en la sala la Marquesa del Puerto, que hacía poco había llegado.

En situación de ánimo más tranquila, la joven se hubiera admirado de tan temprana visita, y más tratándose de una mujer tan elegante como la Marquesa; pero estaba su alma preocupada con tan tristes pensamientos, que sólo le causó disgusto la llegada de su madrina, porque los grandes dolores prefieren aislarse á ser consolados.

Clemencia, que éste era el nombre de la Marquesa, se acercó á ella, la abrazó y besó tiernamente, pero en silencio, y la condujo al sofá en que ella había estado sentada y que volvió á ocupar penosamente, afectada ante el estado de abatimiento en que veía á Rosario.

—Hija mía—dijo á ésta entrando desde luego en el objeto de la conversación,—es inútil que andemos con rodeos. Yo he venido á darte algunos consejos, y á rogarte por tu bien, por el cariño que tienes á tu padre, por el que me tengas á mí, que no los desoigas.

—¡Qué preámbulo, señora!—exclamó Rosario

con dolorosa ironía.—¿Hago yo algo que necesite con tanto empeño de consejo?

—Sí, hija mía: es necesario que entres en tí, que halagues y hagas por atraer á tu marido.

—¡Que halague yo á mi marido!—exclamó Rosario.—¿Sabe usted lo que él hace?

—Sí, mi pobre Rosario—exclamó la Marquesa.—Aunque él ha descendido hasta una esfera muy baja, demasiado que lo sé.

—¿Y cómo me da usted, pues, esos consejos?

—Porque los creo precisos. Tu deber es traerle al buen camino, y también es lo que más te conviene; él está exasperado y corre por la senda de la perdición.

Reinó por algunos instantes el silencio. La cólera y el dolor habían descompuesto las bellas facciones de Rosario, alteradas desde hacía largo tiempo por agudas penas: eran tantas las palabras que se agolpaban á sus labios, que ninguna hallaba salida; por fin respondió, haciendo un esfuerzo para conservar un resto de serenidad.

—Madrina, esta noche voy á cerciorarme de si es verdad una cosa que me han dicho de mi marido: si es cierta, mañana entablaré mi demanda de divorcio, quiera mi padre ó no.

La Marquesa se echó hacia atrás como poseída de espanto.

—Tu padre—dijo después meciendo tristemente la cabeza,—ya sabes que quiere todo lo que quieres tú; pero, Rosario, ¿sabes lo que es el divorcio?

—Es la separación legal de un hombre al que ya no se puede amar ni estimar.

—Es la soledad, la reprobación del mundo, pobre hija mía. El hombre es el que muchas veces tiene la culpa de las separaciones judiciales; sin embargo, todos culpan á la mujer, porque á la mujer es á la que la sociedad, las leyes y todas las personas que se llaman rectas y prudentes designan el papel de mártir.

—Pues yo no quiero sufrir ya más—repuso Rosario, que se ahogaba de despecho.—¿Sabe usted que hace dos meses que viene á casa casi de día, y que muchos no viene?

—¡Lo sé, hija mía!

—¿Sabe usted lo que me avisan hoy en un anónimo?

—No lo sé; pero me lo figuro.

—Que tiene relaciones con una bailarina á la que mantiene.

—Sí; y para mantenerla, juega.

—¿Con que es cierto?—gritó Rosario lívida de cólera y de dolor.

—Es cierto: ¿á qué ocultarte la verdad?

—¡Dios mío!—exclamó Rosario deshecha en llanto y llevando sus dos manos al corazón, en el que acababa de recibir una profunda herida,—¿por qué os lleváis á tantas personas felices y me dejáis á mí en el mundo?

—¡Cálmate, pobrecita!—exclamó Clemencia estrechando las manos de su ahijada,—¡cálmate!

Más vale que conozcas toda la extensión del riesgo, para que lo evites, para que busques el remedio. Mira: yo me casé, niña aún, con un hombre que tenía ya la costumbre de todos los vicios, pero tan arraigada, que formaba una segunda y perversa naturaleza; conocí que, para atraerle, necesitaba de mucha paciencia, de mucha dulzura, de mucha abnegación, y las empleé; pero aquel cáncer de corrupción estaba ya demasiado adelantado y los dulces bálsamos eran ineficaces; no obstante, si no conseguí extirpar tan funesta dolencia moral, logré al menos quitarle una parte de su horrible carácter con una constante dulzura, unida á una inalterable dignidad en palabras y acciones, que fuera el acusador silencioso, pero enérgico, de sus vergonzosos desórdenes.

—Yo no tengo tanta fortaleza—repuso ásperamente Rosario:—lo malo me irrita, y no sé fingir agrado cuando estoy indignada.

—Hija mía—repuso la Marquesa,—tú tienes mucho corazón, y esto es un gran mal para tí.

—¿Y qué remedio, señora? Sufriré sus consecuencias.

—Yo he venido para ver si puedo evitarte el que sufras. ¡Querida mía, yo te lo suplico! Al menos, por egoísmo propio, reflexiona algún tanto! ¡deja obrar á la cabeza! ¿Qué harás separada de tu marido, y mucho más cuando le amas con pasión? Otra mujer menos religiosa, menos recta, menos buena, en una palabra, hallaría consuelos en la

galantería y en las diversiones que el mundo ofrece á las mujeres bellas y ricas; pero tú, no: tú serás víctima de tu aislamiento y de tus penas; sólo saldrás de tu casa para ir á la iglesia cercana; pasarás llorando tu juventud, tu belleza se ajará y quedará marchita como una flor arrancada de su tallo por el viento.

Rosario no dijo nada después de oír este sentido, tierno y enérgico razonamiento; quedó inmóvil y muda, y pareció reflexionar en lo que acababa de oír.

—Todo eso es verdad—observó al cabo de algunos instantes.—Yo no puedo negar que amo á mi marido, que sus desórdenes me causan una pena mortal, que una separación me dejará muerta para el mundo; pero ¿qué he de hacer? ¿He dado yo lugar á que él me falte así, á que se separe del camino del pundonor y del deber?

—Yo no le excuso—repuso la Marquesa.—Sé que él no hace lo que debe; pero haz lo que dice Casilda: pon tú lo que le falte á él.

—Ya he dicho, madrina, que no puedo: no hay en mí tanta fortaleza.

—Pero es preciso que la tengas, hija mía. Quiérelle un poco menos para que no te ofendan tanto sus locuras; para que puedas reflexionar y fingir, si es necesario; pero trátale con blandura y fingela, si es preciso. ¡Mira que si tiras mucho de las riendas, se romperán!

—Rotas están por mí.

—Tú serás la que lleves la pena de tu intolerancia, pues, y lo siento,—dijo la Marquesa levantándose.

—¡De mi intolerancia!—repitió amargamente Rosario.—¿Me he quejado yo hasta hoy á nadie? Si recibo consejos y consuelos, son oficiosos porque yo no los he solicitado.

La Marquesa, aturdida al principio con aquella contestación, que, á pesar del carácter rudo de su ahijada, nunca hubiera esperado oír de sus labios, se quedó algunos instantes silenciosa; pero luego repuso no sin enojo:

—Rosario, tú eres una de esas personas, por suerte bastante escasas en la tierra, que todo lo convierten en espinas, y cuyas penas, por su acerba expresión y por ser originadas por su mal carácter, á nadie causan compasión. ¡Adiós! no te molestaré más con mis consejos oficiosos, como tú dices; pero antes de dejarte, permíteme que te dé un aviso. Tu marido ha atravesado ya con ligero paso la senda de los desórdenes, y ha entrado en la del vicio: mira si le puedes detener, porque si no, Dios te pedirá cuenta de esa vida en la que podías haber evitado que cayesen manchas, y que tal vez se extinguirá llena de negros borrones.

Salió Clemencia, dichas estas palabras, de la estancia, decidida á no volver á entrar en aquella casa, que siempre había mirado como la de su hija.

Rosario quedó sumergida en sus habituales amargas cavilaciones.

Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, y de cuando en cuando un seco sollozo se exhalaba de su pecho.

Era una de esas desgraciadas naturalezas, víctimas siempre de la excelencia de sus principios, y que el mundo no comprende ni, por lo mismo, estima.

Sabía amar, sabía sacrificarse; pero no sabía rogar ni perdonar.

Más de una vez se dijo que la Marquesa tenía razón; que ella debía ver á su marido y pedirle cuenta de su conducta con la mayor blandura; que debía atraerle al buen camino con halagos, ya que de otro modo no era posible, ni aun violentándose; y después de hora y media en que sus ojos se cansaron de llorar, y en que su corazón estuvo batallando con su orgullo, se dijo que, después de la prueba de aquella noche, le pediría la explicación, en qué había pensado.

Ya iba á salir de la sala para pasar á su cuarto, cuando entró una de las criadas á decirle que su padre deseaba que pasase á su habitación, donde la esperaba.

Rosario siguió á la sirvienta y acudió á ver lo que deseaba don Dámaso.

### XIII

No estaba solo el excelente anciano: ocupaba él un lado de la mesa redonda situada en el centro de su estancia; al otro estaba sentada doña Benigna.

Aquellos dos plácidos y simpáticos ancianos estaban desconocidos.

El semblante de don Dámaso, antes lleno, colorado y alegre, estaba triste, enflaquecido, y su carmíneo color había degenerado en un violeta pálido; los pequeños ojos del anciano estaban tristes y como hinchados por el insomnio y por el llanto que algunas veces arrancaba á ellos la desgracia de su hija; su voluminoso abdomen había menguado de una manera extraordinaria; su grueso cuello dejaba ahora flojo su corbatín negro; en suma, no era conocido ni se comprendía cómo tan poco tiempo podía haber ocasionado tan grande estrago.

Si en la vulgar y bonachona figura de don Dámaso eran visibles las huellas del dolor, lo eran mucho más en la distinguida de doña Benigna: la pobre señora tenía el semblante pálido, y las mejillas hundidas y marchitas; sus cabellos esta-

ban ya blancos del todo; su mirada, siempre tan dulce, era ahora profundamente triste.

—Hija—dijo don Dámaso al ver entrar á Rosario,—he llamado á doña Benigna y también á tí, para que decidamos acerca del asunto que es para mí más importante: tu porvenir.!

Rosario se sentó en silencio, y su padre, cuya voz estaba alterada por una emoción profunda, prosiguió:

—Tú así no puedes seguir, pobre hija mía: estás casi separada de tu marido ó separada del todo; yo... me voy poniendo malo... este lado se me va imposibilitando, aunque nada quería decir; pero ¿qué remedio? Tú lo has de conocer, y ya no lo quiero ocultar.

—Padre—exclamó Rosario,—¿con que me ha ocultado usted que padecía? ¿Tan poca confianza tiene usted en mí?

—No, hija mía; pero bastante tienes tú que padecer sin que yo vaya á aumentar tus penas. Ello es que yo me voy poniendo malo, porque el dolor de verte así y de que te haya salido mal tu casamiento, acaba conmigo: por eso quiero mirar por tí, y te voy á proponer una cosa en presencia de esta señora, que yo en todo obro con lealtad, y no se tomará ningún acuerdo sin aprobación suya.

—Hable usted, padre,—dijo Rosario, que no podía dominar su emoción.

—Pues bien: ya que no vemos á Pepe; ya que

él se separa de nosotros, y que nosotros, sin querer, le separamos de su madre, pues por no veros no la ve, creo que lo mejor será procurar una separación formal, lo que se puede hacer sin ningún escándalo. El tiene acabada su carrera de ingeniero civil; doña Benigna y la Marquesa cuentan con buenas relaciones, y por medio de ellas se puede conseguir que le destinen á una provincia para dirigir alguna obra del Gobierno. Así, su madre se irá con él, y al menos ella será dichosa.

—¡Y qué, señor Maroto!—exclamó doña Benigna al ver correr gruesas lágrimas por las mejillas del honrado labrador,—¿piensa usted que la suerte de Rosario me es á mí indiferente? ¿Y no sería mejor procurar una reconciliación entre nuestros hijos, que facilitarles el que se separen?

—¡Ay de mí! Usted lleva razón como siempre, señora—objetó don Dámaso;—¿pero qué avenencia cabe ya, si él se ha desentendido hace dos meses de nosotros; si, según he oído, anda en malos pasos?

—¡Malos pasos!—repitió doña Benigna ofendida en su amor paternal.—¿A qué llama usted malos pasos, caballero?

—Señora, ¿á qué he de llamar? A lo que hace Pepe: á no trabajar; á pasar los días y las noches en las casas de juego; á andar entre toreados y gente del bronce; á estarse en una cena hasta de día. La verdad, esas mañan, una vez co-

gidas, no se sueltan con facilidad, y no sé si le conviene más á mi hija quedarse sin marido ó tener ese, que daría en tierra muy pronto con su caudal.

—Esa es la gran dificultad—exclamó la pobre madre, exasperada con los cargos que se dirigían á su hijo.—¡El caudal! ¡Ah, señor Marotol Si fueran ustedes pobres, Rosario hubiera sido más indulgente, y usted no hubiera pensado jamás en una separación; pero tranquilícese usted—prosiguió con dolorosa dignidad.—Si es cierto que mi hijo hace la vida del desorden, no lo es menos que no gastará de lo de usted: le conozco demasiado, lo puedo asegurar.

—¿Y de qué ha de gastar, pues, señora? ¿No le he hecho entrega de las llaves de mis gavetas y de mis amplios poderes, porque ¡ay de mí! pensaba poderme fiar de él como de mi hijo? El no trabaja; él no cobra sueldo, y, sin embargo, juega, triunfa y va incesantemente de broma en broma.

Doña Benigna quedó aterrada y muda. La respuesta del anciano encerraba tan invencible lógica, que no halló qué contestar á pesar de su deseo de defender á su hijo.

—Está bien—dijo al cabo de algunos instantes:—si yo siguiera oponiéndome á esta separación ó aconsejando medidas de avenencia, se creería que era el interés de poseer las riquezas de usted, ó de que las poseyese mi hijo, lo que

me movía. Así, nada más diré, y me sujetaré á lo que usted y Rosario decidan, por más opuesta que sea yo á las medidas extremas.

—Hija, dí tu parecer,—insistió don Dámaso.

—Yo necesito pensarlo—respondió la joven:—no quiero ni puedo negar que me costará mucho trabajo el renunciar á mi marido. ¡Le quería yo tantol ¡Le quiero tanto todavía!

Doña Benigna, conmovida por la sinceridad de aquel acento, iba á abrazar á Rosario, á la que no podía menos de agradecer que amase á su hijo; pero la dignidad, ó mejor dicho, el orgullo, la contuvo, porque temía que hasta aquel arranque de su corazón se creyese interesado.

¡Qué desgracia es á veces el ser rico! La riqueza era la enemiga más cruel de la felicidad de Rosario.

Si ella hubiera sido pobre, no habría echado en cara á su marido que se había casado con ella por su fortuna, primer golpe inferido á aquel corazón honrado y pundonoroso.

Si no hubiera sido rica, Pepe hubiera manifestado más tolerancia con los defectos del carácter de su mujer, y no hubiera temido que su tolerancia se hubiera creído hija de mezquinas é interesadas miras.

Si no hubiera sido rica, doña Benigna hubiera andado todos los caminos por evitar aquella fatal separación.

Pero la riqueza, como una negra y sombría

nube, le velaba la luz de la dicha y le dejaba la obscuridad del dolor.

—Mañana...—prosiguió Rosario; —mañana, padre, daré mi respuesta. Esta noche rogaré á Dios que ilumine mi entendimiento.

—Voy á mi cuarto—dijo doña Benigna, levantándose y considerando terminado allí su papel.—Don Dámaso, y tú, hija mía, sepan ustedes que sólo espero saber su decisión para lograr que destinen á Pepe lejos de aquí, y marcharme con él á donde vaya.

—Hija—dijo don Dámaso cuando se vió solo con Rosario,—ahora que nadie nos oye, escucha lo que te pide tu viejo padre llorando con las manos juntas y el corazón lleno de sollozos: da algún paso para volver á atraerte á tu marido. ¿Sabes por qué esas malas mujeres sujetan á los hombres? Porque los llenan de halagos. ¿Por qué, pues, la mujer honrada, la mujer propia, no ha de emplear alguna vez los mismos medios? ¿Por qué no ha de emplear la miel y dejar la hiel? ¡Ay, hija: si el bien tuviera alguno de los atractivos del mal, cuánto más le amaríamos! Pero es el caso que cada uno se complace en desacreditarlo y llenarlo de espinas, como para espantar á los débiles.

El venerable anciano tenía razón. El vicio es casi siempre agradable, porque tiene las formas más suaves y más graciosas que la virtud; porque es hipócrita, en una palabra. Rodead á la virtud

de encantos y de tolerancia, y veréis cómo todos la prefieren por el solo gusto de practicarla. Todo lo que se ama ha de ser amable.

—Padre—dijo Rosario,—no puedo ni sé fingir, y estoy irritada por la conducta de mi marido.

—Haz un esfuerzo, y esta noche, cuando venga, espérale en su cuarto y háblale. Mira, hija mía, que en casi todas las cosas del mundo *querer es poder*. Si no por tí, á lo menos por mí, saca fuerza de flaqueza, y procura que muera con el consuelo de dejarte tranquila y feliz.